



**En torno
al debate
ecológico**



PRESENTACIÓN

La verdadera salud de las naciones no descansa en las cifras sobresalientes del producto nacional bruto, sino en el estado de sus tierras, sus niveles de erosión, contaminación y fertilidad. Donde no puedan sobrevivir los insectos, los pájaros ni las liebres, tampoco podrá florecer la vida humana. La degradación ecológica en las postrimerías de este siglo se refleja directa o indirectamente en la salud y en la economía humanas. El deterioro del campo, de la flora y la fauna constituye una seria advertencia no sólo de las amenazas ambientales inmediatas, sino de una futura crisis ecológica, económica y hasta social. La ignorancia con respecto a lo biológico deja huellas profundas en la vida cotidiana de millones de personas. Decisiones vitales sobre nuestro futuro y el del planeta son tomadas por personas que no entienden la simple idea de que formamos parte de un sistema natural. Los autores de los artículos incluidos en este número, al asignar al hombre su lugar en el proceso evolutivo y en la red de la vida tratan de despertar una conciencia ante este panorama.

Las amenazas globales: un rápido desgaste de la capa de ozono, una acelerada acumulación de bióxido de carbono, la desmedida tala de árboles —el mayor culpable del calentamiento de la Tierra—, incluyendo los bosques pluviales —cuya destrucción se duplicó en la última década—, la erosión y el deterioro del suelo por monocultivos, la pérdida de especies, etc., no son meras noticias amarillistas, sino el anuncio de una catástrofe ecológica.

En los últimos años la humanidad ha ido cobrando conciencia de que la naturaleza está llegando al límite de su paciencia y de sus

capacidades para sostener la vida de una población mundial que podrá alcanzar ocho mil millones de habitantes en el año 2015 y el doble en el 2055.

Es innegable que la raza humana no ha querido convivir armónicamente con la naturaleza. Desde los tiempos en que Newton puso ante nuestros ojos "la más hermosa armazón del sistema del mundo", hemos seguido ciegamente el mito del progreso que llevaba implícita la promesa de una vida mejor, de un mundo sin pobreza, lleno de felicidad, con abundancia material y justicia para todos. Para ello se alentó una desmedida, ilimitada explotación de las riquezas naturales. Ahora enfrentamos los efectos de tal desenfreno, tanto en el ambiente natural como en nuestra vida cotidiana. Tendremos que conocer y reconocer nuestra dependencia con respecto a la tierra y la limitación de sus riquezas, que nos nutren y sostienen. No podemos seguir con aquella ilusa manera de ver a la naturaleza como un pozo inagotable. Hay que aprender a cuidar el agua, el suelo, los bosques, el pasto y el sol, los elementos que hacen posible nuestra existencia. Como lo advirtió Alfred North Whitehead, "cualquier objeto físico que por su influencia deteriora su ambiente, se suicida". Nadie puede sobrevivir en medio de sus propios desechos.

Nuestras filosofías deberían abandonar sus etéreas alturas de palabras e ideas para plantar sus raíces en la tierra, sobre todo ahora que la ciencia confirma con una fuerza cada vez mayor que la naturaleza es una totalidad y que las criaturas, incluyendo al ser humano, están unidas por relaciones sutiles de interdependencia. No vamos a proponer aquí una solución a la tragedia ecológica que vivimos; se trata de hacer una propuesta filosófica, una reflexión sobre la conducta económica del ser humano y sus lazos con el entorno físico.

"Sólo si renace entre nosotros un sentimiento de hermandad con la naturaleza podremos defender a la vida", dijo Octavio Paz. Es trágico que hayamos oscurecido nuestro cielo y ensuciado nuestras aguas y todavía más trágico que lo estemos aceptando con cierta indiferencia.

La materia de los textos reunidos en este número no es expresión de nostalgia por un pasado romántico y rural, sino de una seria preocupación por la pérdida de los valores humanos, pues al degradar a la naturaleza nos degradamos a nosotros mismos. La ecología, la ética y la economía son las tres disciplinas desde las cuales se originan las reflexiones de los autores.

Consideraciones éticas y posturas morales frente al deterioro ambiental motivan el ensayo del filósofo Jorge Martínez Contreras: "Por una moral 'individual colectiva' ante el medio ambiente"; este autor expone además un análisis del origen de los conceptos *ecología* y *ecologismo*, y un esbozo de la historia ecológica. Sendos conceptos son también tema del trabajo "Alegatos ecológicos", de Alberto Vargas.

Entre los filósofos involucrados en la materia existe la creciente conciencia de que varios problemas ambientales se originan en la dicotomía entre la *razón* y la *naturaleza*, presente en el pensamiento occidental. Esta división acaso puso un cerco a nuestra capacidad perceptiva con respecto a las variaciones entre los modos de operación del mundo natural y su correlato en el comportamiento humano. Luis Filipe Segura, en "El hombre y su entorno", analiza las relaciones entre la humanidad y su ambiente natural.

El fundamento científico en que pueden basarse las decisiones del "rescate" ecológico resulta muy poco claro. A pesar de que conocemos miles de factores que dañan al planeta, la falta de información suficiente siembra la incertidumbre y permite barruntar que el desconocimiento de las consecuencias de la acción humana será una constante en la interacción del hombre con la naturaleza. En el artículo "Determinismo, incertidumbre y debate ecológico" intento poner en duda la objetividad de algunas propuestas para emprender un nuevo diálogo con la naturaleza.

La problemática ambiental ha rebasado los límites de la ciencia biológica y adquirido una dimensión ético-filosófica. Alejandro Herrera Ibáñez, en el texto "Progreso responsable" analiza varios acer-

camientos al problema y propone una idea del *progreso* responsable dirigida “al bienestar global de poblaciones humanas y no humanas sin causar directa o indirectamente algún daño innecesario a ninguna especie de la biosfera”. M. A. Sobrino en “Bioética y ecología” menciona la necesidad de lograr un concierto entre la vida y la ética. Aboga por una reconversión filosófica y cultural encaminada a la recuperación de la armonía dentro de las regiones propiamente humanas y entre el hombre y su entorno. El biólogo Anselmo Galindo —en “Sensatez económica vs. sensatez ecológica”— considera indispensable un cambio fundamental en la conducta económica, que asuma como fundamento una “sensatez ecológica” orientada a alcanzar “paz en nuestros días y bienestar en el futuro”. Por otra parte, el antropólogo Leonardo Tyrtania, en “Apuntes sobre el manejo de la información en los ecosistemas dominados por el hombre”, desde un enfoque sistémico combinado con la termodinámica de los procesos irreversibles, plantea ciertos problemas de la relación entre la cultura de los grupos humanos y la ecología, y toca el tema de una posible alianza que excluya “fantasías tales como la de la ‘alta civilización a bajo costo’, la tendencia universal al equilibrio y el antropocentrismo en el manejo de los ecosistemas.” Mas, cualquiera que sea la modificación de la manera de vivir en nuestra civilización, será necesaria “la introducción de lo verde en la conciencia”; así lo asume Henryk Skolimowski, filósofo de origen polaco, director del Centro de Eco-filosofía en Ann Arbor, Michigan, Estados Unidos, en su artículo “Advenimiento de la conciencia ecológica”.

Queremos dedicar este número a aquellas personas de buena voluntad que de muchas maneras tratan de salvar a la Tierra de las garras de los egoísmos individuales o nacionales y luchan por una vida prudente, digna y completa.

Teresa Kwiatkowska-Szatzschneider